

Texto 1: Dámaso Alonso

INSOMNIO

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres
(según las últimas estadísticas).

A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este
nicho en el que hace 45 años que me pudio,
y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladear los
perros, o fluir blandamente al luz de la luna.

Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladando
como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la
ubre caliente de una gran vaca amarilla.

Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole
- por qué se pudre lentamente mi alma,
- por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta
ciudad de Madrid,
- por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en
el mundo.

Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?
¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes
azucenas letales de tus noches?

(Hijos de la ira, 1944)

Texto 2: Vicente Aleixandre

Nacimiento del amor

¿Cómo nació el amor? Fue ya en otoño.
Maduro el mundo,
no te aguardaba ya. Llegaste alegre,
ligeramente rubia, resbalando en lo blando
del tiempo. Y te miré. ¡Qué hermosa
me pareciste aún, sonriente, vívida,
frente a la luna aún niña, prematura en la tarde,
sin luz, graciosa en aires dorados; como tú,
que llegabas sobre el azul, sin beso,
pero con dientes claros, con impaciente amor!

Te miré. La tristeza

se encogía a lo lejos, llena de paños largos,
como un poniente graso que sus ondas retira.
Casi una lluvia fina -¡el cielo azul!- mojaba
tu frente nueva. ¡Amante, amante era el destino
de la luz! Tan dorada te miré que los soles
apenas se atrevían a insistir, a encenderse
por ti, de ti, a darte siempre
su pasión luminosa, ronda tierna
de soles que giraban en torno a ti, astro dulce,
en torno a un cuerpo casi transparente, gozoso
que empapa luces húmedas, finales, de la tarde,
y vierte, todavía matinal, sus auroras.

Eras tú, amor, destino, final amor luciente,
nacimiento penúltimo hacia la muerte acaso.
Pero no. Tú asomaste. ¿Eras ave, eras cuerpo,
alma sólo? Ah, tu carne traslúcida
besaba como dos alas tibias,

como el aire que mueve un pecho respirando,
y sentí tus palabras, tu perfume,
y en el alma profunda, clarividente
diste fondo. Calado de ti hasta el tuétano de la luz,
sentí tristeza, tristeza del amor: amor es triste.

En mi alma nacía el día. Brillando
estaba de ti, tu alma en mi estaba.

Sentí dentro, en mi boca, el sabor a la aurora.

Mis sentidos dieron su dorada verdad. Sentí a los pájaros
en mi frente piar, ensordeciendo
mi corazón. Miré por dentro
los ramos, las cañadas luminosas, las alas variantes,
y un vuelo de plumajes de color, de encendidos
presentes me embriagó, mientras todo mi ser

a un mediodía,
raudo, loco, creciente se incendiaba
y mi sangre ruidosa se despeñaba en gozos
de amor, de luz, de plenitud, de espuma.

(*Sombra del paraíso*, 1944)

Texto 3: Blas de Otero

Hombre

Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
Al borde del abismo, estoy clamando
A Dios. Y su silencio, retumbando,
Ahoga mi voz en el vacío inerte.

(*Pido la paz y la palabra*, 1955)

Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
Despierto. Y, noche a noche, no sé cuando
Oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando
Solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.

Abro los ojos: me los sajas vivos.

Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.

Ser –y no ser- eternos, fugitivos.

¡Ángel con grandes alas de cadenas!

(*Ángel fieramente humano*, 1950)

En el principio

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.
Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.
Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,

si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

Texto 4: Gabriel Celaya

La poesía es un arma cargada de futuro

Cuando ya nada se espera personalmente exaltante,
mas se palpita y se sigue más acá de la conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirmado,
como un pulso que golpea las tinieblas,

cuando se miran de frente
los vertiginosos ojos claros de la muerte,
se dicen las verdades:
las bárbaras, terribles, amorosas crueidades.

Se dicen los poemas
que ensanchan los pulmones de cuantos, asfixiados,
piden ser, piden ritmo,
piden ley para aquello que sienten excesivo.

Con la velocidad del instinto,
con el rayo del prodigo,
como mágica evidencia, lo real se nos convierte
en lo idéntico a sí mismo.

Poesía para el pobre, poesía necesaria
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que glorifica.

Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.

Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.

Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas
personales, me ensancho.

Quisiera daros vida, provocar nuevos actos,
y calculo por eso con técnica qué puedo.

Me siento un ingeniero del verso y un obrero
que trabaja con otros a España en sus aceros.

Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.

Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

No es una poesía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos.

(*Cantos iberos*, 1955)

Texto 5: Ángel González

Para que yo me llame Ángel González

1 Para que yo me llame Ángel González,
2 para que mi ser pese sobre el suelo,
3 fue necesario un ancho espacio
4 y un largo tiempo:
5 hombres de todo el mar y toda tierra,
6 fértiles vientres de mujer, y cuerpos
7 y más cuerpos, fundiéndose incesantes
8 en otro cuerpo nuevo.
9 Solsticios y equinoccios alumbraron
10 con su cambiante luz, su vario cielo,
11 el viaje milenario de mi carne
12 trepando por los siglos y los huesos.
13 De su pasaje lento y doloroso
14 de su huida hasta el fin, sobreviviendo
15 naufragios, aferrándose
16 al último suspiro de los muertos,
17 yo no soy más que el resultado, el fruto,
18 lo que queda, podrido, entre los restos;
19 esto que veis aquí,
20 tan sólo esto:
21 un escombro tenaz, que se resiste
22 a su ruina, que lucha contra el viento,
23 que avanza por caminos que no llevan
24 a ningún sitio. El éxito
25 de todos los fracasos. La enloquecida
26 fuerza del desaliento...

(*Áspero mundo*, 1956)

Otro tiempo vendrá distinto a éste

1 Otro tiempo vendrá distinto a éste.
2 Y alguien dirá:
3 > «Hablaste mal. Debiste haber contado
4 otras historias:
5 violines estirándose indolentes
6 en una noche densa de perfumes,
7 bellas palabras calificativas
8 para expresar amor ilimitado,
9 amor al fin sobre las cosas
10 todas.»

11 Pero hoy,
12 cuando es la luz del alba
13 como la espuma sucia
14 de un día anticipadamente inútil,
15 estoy aquí,
16 insomne, fatigado, velando
17 mis armas derrotadas,
18 y canto
19 todo lo que perdí: por lo que muero.

(*Sin esperanza, con convencimiento*, 1961)

Texto 6: Jaime Gil de Biedma

Trompe l'oeil

A la pintura de Paco Todó

Indiscutiblemente no es un mundo
para vivir en él.

Esas antenas,
cuyas complicaciones, sobre el papel, adquieren
una excesiva deliberación,
y lo mismo esos barcos como cisternas madres
amamantando a los remolcadores,
son la flor y la fauna de un reino manual,
de una experiencia literal
mejor organizada que la nuestra.

Aunque la vaguedad quede en el fondo
—la dulce vaguedad del sentimiento,
que decía Espronceda—, suavizando
nuestra visión del tandem y la azada,
de todos cuantos útiles importa conocer.

(Como aquellos paisajes, en la Geografía
Elemental de Efetedé,
Con ríos y montañas abriéndose hacia el mar,
Mientras el tren, en primer término,
Enfila el viaducto junto a la carretera,
Por donde rueda solitariamente
Un automóvil Ford, Modelo T.)

Que la satisfacción de la nostalgia
Por el reino ordenado, grande y misterioso
de la tercera realidad
no sólo está en el vino y en las categorías:
también hacen soñar estas imágenes
con un mundo mejor.

Las lecciones de cosas siempre han sido románticas
—posiblemente porque interpretamos

los detalles al pie de la letra
y el conjunto en sentido figurado.

(Moralidades, 1966)

Apología y petición

¿Y qué decir de nuestra madre España,
este país de todos los demonios
en donde el mal gobierno, la pobreza
no son, sin más, pobreza y mal gobierno
sino un estado místico del hombre,
la absolución final de nuestra historia?

De todas las historias de la Historia
sin duda la más triste es la de España,
porque termina mal. Como si el hombre,
harto ya de luchar con sus demonios,
decidiese encargarles el gobierno
y la administración de su pobreza.

Nuestra famosa inmemorial pobreza,
cuyo origen se pierde en las historias
que dicen que no es culpa del gobierno
sino terrible maldición de España,
triste precio pagado a los demonios
con hambre y con trabajo de sus hombres.

A menudo he pensado en esos hombres,
a menudo he pensado en la pobreza
de este país de todos los demonios.
Y a menudo he pensado en otra historia
distinta y menos simple, en otra España
en donde sí que importa un mal gobierno.

Quiero creer que nuestro mal gobierno
es un vulgar negocio de los hombres
y no una metafísica, que España
debe y puede salir de la pobreza,
que es tiempo aún para cambiar su historia
antes que se la lleven los demonios.

Porque quiero creer que no hay demonios.
Son hombres los que pagan al gobierno,
los empresarios de la falsa historia,
son hombres quienes han vendido al hombre,

los que le han convertido a la pobreza
y secuestrado la salud de España.

Pido que España expulse a esos demonios.
Que la pobreza suba hasta el gobierno.
Que sea el hombre el dueño de su historia.

(Moralidades, 1966)

Texto 7: Pere Gimferrer

Oda a Venecia ante el mar de los teatros

Las copas falsas, el veneno y la calavera de los teatros.

García Lorca

1 Tiene el mar su mecánica como el amor sus símbolos.
2 Con que trajín se alza una cortina roja
3 o en esta embocadura de escenario vacío
4 suena un rumor de estatuas, hojas de lirio, alfanjes,
5 palomas que descienden y suavemente pósanse.
6 Componer con chalinas un ajedrez verdoso.
7 El moho en mi mejilla recuerda el tiempo ido
8 y una gota de plomo hierre en mi corazón.
9 Llevé la mano al pecho, y el reloj corrobora
10 la razón de las nubes y su velamen yerto.
11 Asciende una marea, rosas equilibristas
12 sobre el arco voltaico de la noche en Venecia
13 aquel año de mi adolescencia perdida,
14 mármol en la Dogana como observaba Pound
15 y la masa de un férreo en los densos canales.
16 Id más allá, muy lejos aún, hondo en la noche,
17 sobre el tapiz del Dux, sombras entretejidas,
18 príncipes o nereidas que el tiempo destruyó.
19 Que pureza un desnudo o adolescente muerto
20 en las inmensas salas del recuerdo en penumbra
21 ¿Estuve aquí? ¿Habré de creer que éste he sido
22 y éste fue el sufrimiento que punzaba mi piel?
23 Qué frágil era entonces, y por qué. ¿Es más verdad,
24 copos que os diferís en el parque nevado,
25 el que hoy así acoge vuestro amor en el rostro
26 o aquel que allá en Venecia de belleza murió?
27 Las piedras vivas hablan de un recuerdo presente.
28 Como la vena insiste sus conductos de sangre,
29 va, viene y se remonta nuevamente al planeta
30 y así la vida expande en batán silencioso,
31 el pasado se afirma en mí a esta hora incierta.
32 Tanto he escrito, y entonces tanto escribí. No sé
33 si valía la pena o la vale. Tú, por quien

34 es más cierta mi vida, y vosotros que oís
35 en mi verso otra esfera, sabréis su signo o arte.
36 Dilo, pues, o decidlo, y dulcemente acaso
37 mintáis a mi tristeza. Noche, noche en Venecia
38 va para cinco años, ¿cómo tan lejos? Soy
39 el que fui entonces, sé tensarme y ser herido
40 por la pura belleza como entonces, violín
41 que parte en dos aires de una noche de estío
42 cuando el mundo no puede soportar su ansiedad
43 de ser bello. Lloraba yo acodado al balcón
44 como en un mal poema romántico, y el aire
45 promovía disturbios de humo azul y alcanfor.
46 Bogaba en las alcobas, bajo el granito húmedo,
47 un arcángel o sauce o cisne o corcel de llama
48 que las potencias últimas enviaban a mi sueño.
49 Lloré, lloré, lloré
50 ¿Y cómo pudo ser tan hermoso y tan triste?
51 Agua y frío rubí, transparencia diabólica
52 grababan en mi carne un tatuaje de luz.
53 Helada noche, ardiente noche, noche mía
54 como si hoy la viviera! Es doloroso y dulce
55 haber dejado atrás a la Venecia en que todos
56 para nuestro castigo fuimos adolescentes
57 y perseguirnos hoy por las salas vacías
58 en ronda de jinetes que disuelve un espejo
59 negando, con su doble, la realidad de este poema.

(Arde el mar, 1966)